

con todo su corazón en la isla de Nou y en los alrededores de la *Granja del Norte*.

—Vamos á ver, mi querido señor; si no me engaño—dijo el gobernador á sir Gardiner,—¿el yaeht está preparado para marchar?

—¿Es acaso que tiene usted el proyecto de hacernos dar un paseo por el mar?—preguntó el comandante de la *Saone*.

—De ninguna manera, señores... es que me marcho al salir el sol... así llevaré todavía impreso en mi ánimo vuestro recuerdo, y pensando en esta fiesta me será más llevadero el sentimiento de separarme de ustedes.

—Eso está muy bien hecho y es muy nuevo—exclamaron de diversos lados.

—Es igual: no estoy tranquilo, á pesar de todo eso—dijo el comandante del penal de la isla de Nou:—si le diese á usted el capricho de robarnos á todos juntos, le sería á usted bien fácil... los marineros que tiene usted á bordo me parecen gente escogida... y que le obedecen á usted ciegamente á una simple señal.

—Pues acepto esa idea. Me los llevó á ustedes conmigo.

—Imposible. ¿Qué sería de mis administrados?—dijo el gobernador.

—¿Y de mis penados?—preguntó el director general.

—¿Y de los míos?—exclamó el comandante de la isla de Nou.

—Desde el momento en que se vayan sus jefes, quedan todos libres—respondió riendo sir Gardiner:—es una nueva forma de evasión... alguna vez pensaré

en ella si tengo necesidad... Entre tanto, suplico á ustedes me dispensen si les dejo... he prometido fuegos artificiales y voy á hacer que empiecen.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritaron por todas partes.

XLVII

Sir Gardiner había dispuesto la víspera que sus marineros hicieran los preparativos necesarios para este espectáculo en una de las múltiples elevaciones del terreno que existen en la rada de Noumea.

El punto escogido para los fuegos estaba situado entre el yacht la *Florida* y la isla de Nou, y por lo tanto nadie podía extrañar que sir Gardiner fuese á este sitio para inspeccionar los últimos preparativos, y que él, por su mano, disparase el primer cohete. Se separó tranquilamente de sus convidados y se metió en una ligerísima embarcación que le esperaba al pie de la escala de estribor.

En ella se encontraba un solo hombre. Éste era un americano de unos treinta años, enérgico y resuelto, que pertenecía en cuerpo y alma al propietario de la *Florida*. Cuando la embarcación se alejó del navío, sir Gardiner dijo en inglés á su compañero:

—¿Están ejecutadas todas mis órdenes?

—Sí, mi comandante.

—Bueno... acuérdate, bravo Williams, de que únicamente tú eres mi confidente. Hubiera podido valerme de cualquier otro, y quizás de todos los de la tripulación; pero no he querido tener confianza más que en tí, y espero que tendrás una discreción absoluta.

—Ha tenido usted mucha razón en pensar de esta manera.

—Escucha lo que voy á decirte... El hombre que voy á buscar á tierra es un sentenciado que me conviene salvar... en el momento en que éste aparezca en la playa saltaré á tierra para ir á su lado... en algunos momentos podrá disfrazarse con el traje que le llevamos, y tu cogerás el que él trae puesto, atándole una cuerda con una piedra para arrojarlo al mar... quiero que no quede ningún rastro de esta fuga... llegaremos á la *Florida* por la parte de atrás, sin que nadie pueda vernos, porque tengo para ello dadas las órdenes necesarias á fin de que la cena se sirva en el entrepuente inmediatamente después de los fuegos, no sólo á los convidados, sino también á toda la tripulación... las ventanas de mi cámara están abiertas... por este sitio será por el que yo entraré con la persona que voy á salvar... allí permanecerá oculto toda la noche... mañana, cuando aparezca sobre el puente, estaremos ya muy lejos de la costa... deseo que la tripulación crea que es un amigo mío que he encontrado en Noumea y á quien tengo gusto en ofrecer hospitalidad... solamente tú conoces mi secreto, y espero que sabrás guardarlo.

—Estad seguro de ello.

—No hablemos más, y manos á la obra... estamos delante del islote... ¡Atraca!

En aquel momento, el encargado de la *Granja del Norte* abrió el recinto en que los presidiarios bajo sus órdenes habían pasado la noche, y se puso á gritar con potente voz:

—¡Arriba! ¡arriba!

Una veintena de hombres, que ya estaban acostumbrados á que se les despertase á aquella hora para hacer el servicio de la compra diaria, se levantaron precipitadamente. Un cuarto de hora después emprendieron el camino del penal. El capataz marchaba lentamente á la cabeza del pelotón, medio dormido aún, como casi todos ellos. Solamente Bérard y Fortier estaban completamente despiertos. Se habían colocado en última fila y juntos, caminando en silencio y mirando en su derredor.

De repente, una luz iluminó la oscuridad de la noche. Un largo rastro de fuego subía desde la mar al cielo.

Muchos presidiarios se quedaron parados mirando.

—¡Eh!—dijo el capataz,—¡á ver si marcháis de prisal

—Son fuegos artificiales—dijo uno de ellos.

—¡Y aunque así sea! ¿Acaso les importa eso á ustedes? No se les ha despertado para eso. ¡Vamos á ver si se anda más de prisal

El pelotón se puso en marcha, más despacio aún que antes, fijándose todas las miradas en el horizonte, en que lucían innumerables cohetes.

En aquel momento, y cuando el camino hacía un recodo brusco, cerca de un bosque, Bérard y Fortier, que se habían quedado un poco atrás, se pararon.

La ocasión estaba aprovechada con verdadera oportunidad para que no se notase su desaparición: los fuegos artificiales estaban entonces en todo su esplendor. A los cohetes habían sucedido las ruedas, las cascadas y los arcos de triunfo de todos colores. Atravesando una atmósfera pura y en el silencio de la noche, estallaban mil petardos y culebrinas. En aquel momento, todos los presidiarios, y aun el mismo capataz, se pararon y miraban absortos.

—¡Basta de dudal... ¡marchaos!—dijo Fortier.

—¡Adios!—contestó Bérard.

Estrechó por última vez la mano de su compañero de infortunio, y se internó resueltamente en la espesura. Caminaba con velocidad, y encogiéndose todo lo posible para ocultar su alta estatura. A doscientos pasos de distancia estaban la playa y la mar completamente iluminadas, en tanto que el camino que iba recorriendo permanecía en completa oscuridad.

Algunos pasos más y llegaba al montecillo que sir Gardiner había indicado á Fortier en su última entrevista como punto de ésta, cuando de repente se presentó un hombre ante su vista.

Lleno de espanto dió un salto atrás.

Pero aquel hombre avanzaba hacia él en línea recta.

Bérard distinguió el uniforme de un empleado.

Transcurrió un momento y reconoció á Robin.

XLVIII

¿Cómo era que Robin se encontraba en la playa á las tres y media de la mañana? ¿Era acaso que Fortier tenía razón suponiendo que estaría espiando, y sir Gardiner se había engañado creyendo únicamente que se ocupaba de la señora Prevot?

¡No! el periodista americano, informado de una manera segura respecto á los apetitos carnales de Robin y las fáciles costumbres de la antigua mujer galante, se había dado cuenta exacta de la situación: el jefe de vigilancia estaba sobrecitado por su largo viaje, durante el cual no había tenido éxito en sus empresas amorosas. Su imaginación calenturienta aún le traía á la memoria el recuerdo de Marcela Hebert, y se entregaba en cuerpo y alma á su nueva aventura. Estaba una tarde tomando el fresco en el camino que conduce de la granja al penal, y se había encontrado á la señora Prevot. Aquella hermosa morena de prominentes formas y provocativa sonrisa le había seducido á primera vista. Hizo averiguaciones, adquiriendo la seguridad de que se entretenía fácilmente, y no se detuvo ante el respeto que debía tener para con la mujer de un comisario de marina, superior je-

rárquico suyo. Imaginaba que, si efectivamente la señora Prevot era tal como se la habían descrito, no la gustaría mucho ser excesivamente respetada, sobre todo en el caso en que no le pareciera mal el atrevido. Y en estas suposiciones no se equivocaba Robin, porque la antigua vecina de la *Chaussée d'Antin* se aburría horriblemente en la isla de Nou, alejada de los habitantes de Noumea y de sus oficiales de marina, con los cuales estaba siempre coqueteando de una manera regular é irregular. Se trataba únicamente de un retiro pasajero; pero hay algunas mujeres que no experimentan ninguna satisfacción en la soledad, por corta que ésta sea, y no transigen con la abstinencia.

De esta manera se explica que cuando Robin, cuyas evoluciones en derredor de la casa habían sido descubiertas por la señora Prevot, pidió permiso para hablar al comisario, ésta consintió en recibirlo en ausencia de su marido, para el bien del servicio.

Sea de ello lo que quiera, el resultado fué que el día en que sir Gardiner daba aquella fiesta á bordo de su yacht, la señorita Prevot había dicho á Robin: «Con pretexto de alguna indisposición, trataré de que me traigan á tierra antes de que concluya el baile... Mi marido no se vendrá conmigo, le conozco... Se quedará dormido en un rincón del navío, y yo tendré buen cuidado de no despertarle... esté usted paseándose esta noche cerca de la playa, y cuando me vea usted llegar puede usted acompañarme... hasta la puerta de casa.»

Robin se había apresurado á obedecer, ardiendo en mayores deseos, puesto que la señora Prevot le había

dado aquella cita, vestida ya con aquel traje que tanto llamó la atención en el baile. A las doce en punto de la noche emprendió el camino que costea el mar en la parte habitada de la isla de Nou. A lo lejos se desviaba el yacht resplandeciente de luz. Algunas veces llegaban á sus oídos en alas del viento los lejanos acordes del baile, y, no pudiendo hacer otra cosa, sonaba con la que estaba bailando en el buque.

Pero ninguna embarcación se dirigía hácia la isla. ¿Se habrían olvidado de él en medio de los vapores del baile? Cansado de esperar inútilmente, acabó por decir entre sí: «Si dentro de un cuarto de hora no está aquí, me voy á mi casa y me acuesto.» Pero pasó el cuarto de hora y se concedió diez minutos más, después otros diez y siguió esperando. La historia del hombre que se enamora es siempre la misma.

Por fin, serían las dos y media de la mañana, cuando vió una barquichuela que venía desde el yacht en dirección á la isla. ¿En dónde iba á atracar? ¿En el embarcadero? No; se iba más al Norte, como si quisiese ganar tierra en las cercanías de la granja.

Sin duda era ella. No podía creerse otra cosa: desembarcaba lo más cerca que era posible de su habitación, en un lugar apartado, y para pertenecerle por completo.

Pero ¡vana esperanza! La barquichuela acababa de atracar en el sitio en que estaban colocados los fuegos artificiales. En lugar de conducir á la señora Prevot, conducía simplemente algunos polvoristas.

Y así era en efecto: estallaron algunos cohetes y empezó la fiesta... Robin se quedó mirando... no podía

hacer otra cosa. En esta contemplación vió, sobre la mar iluminada, que la embarcación emprendía nuevamente su marcha. Pero, en lugar de dirigirse hacia la *Florida*, caminaba en línea recta hacia el pequeño montículo de arena en que estaba apoyado. ¿Por qué?

La imaginación de un vigilante de presidio está siempre dispuesta á suponer una evasión. Robin tuvo una sospecha, y, dejando de mirar en dirección del mar, arrojó una mirada tierra adentro.

Un hombre venía corriendo en aquella dirección. Su traje parecía el de los presidiarios.

El vigilante lo comprendió todo: aquella embarcación venía á buscar un presidiario que se escapaba del penal ó de la granja.

Desapareció el amor que momentos antes sentía por la señora Prevot y se manifestó el espía, malo y feroz.

Cogió el revólver que tenía suspendido de la cintura, y, amartillándole, se puso en camino en dirección al fugitivo.

XLIX

A medida que avanzaba tranquilamente, apuntando con el revólver y con la mirada fija sobre el hombre que ya tenía delante, Robin decía entre sí: «¡Si fuera Fortier, con qué gusto le mataría!» Hacía algún tiempo que le había olvidado por los amores de la señora Prevot, y se acordaba de él en el momento en que volvía á tomar su papel.

A tres pasos de distancia reconoció á Bérard.

—¡Ah! ¡eres tú!—exclamó.—Habría preferido que fuese el otro... Pero tú eres su amigo, y casi es igual... vamos, disponte á morir... te he sorprendido en flagrante delito de fuga: te mato porque tengo derecho á ello.

—No; no tiene usted derecho á ello—dijo Bérard sin temor ninguno, pero con respiración anhelante por la carrera que llevaba.—El reglamento no le permite á usted matar á un hombre que busca el escaparse más que en el caso de que se resista... y yo no opongo ninguna resistencia.

—¡Pues bien! yo supongo que tú te resistes y está ya arreglado todo.

—Entonces es un asesinato.

—¿Quién lo sabrá ni se inquietará por ello?... No serás tú el primer condenado de que nos desembarazamos por ser molesto. Además, tú, no solamente me molestas, sino que me has hecho daño delatándome á mis jefes. ¡Ah! ¿te figuras que no he adivinado de dónde venía el golpe que recibí á bordo de la *Saone*?... Tú ya no tienes quien te proteja... te he cogido... me vengo... vas á morir.

Y apuntó con el revólver al pecho de Bérard.

Pero en aquel momento se presentó un hombre. Éste era sir Gardiner.

Al llegar á tierra, había mirado por todas partes, y se había sorprendido al no encontrar á Bérard. Después dió orden al marino que le acompañaba de que le esperase, y dió algunos paseos por la playa, llegando hasta el montecillo detrás del cual se encontraban Bérard y Robin. Al llegar allí escuchó ruido de voces, y comprendió que había sobrevenido algún accidente; dió la vuelta al montecillo, y apareció de repente, viéndose obligado á detenerse, porque Robin apoyaba en aquel momento el revólver sobre el pecho de Bérard, diciendo: «Si dais un paso hacia mí, hago fuego.»

Y al mismo tiempo dirigía su mirada sobre el recién llegado, que permanecía inmóvil á algunos pasos de distancia.

—¡Ah! ¿Es usted, caballero—dijo,—el amigo de mi comandante?... ¿Viene usted á prestarme ayuda para conducir á este hombre al penal?

—No; vengo á salvarle.

—¡Ah! ¿de veras? Ya tenía yo mis dudas. Hace al-

gún tiempo que me preguntaba: «¿Por qué sir Gardiner se está tanto tiempo en la isla de Nou? Esto no es natural, y debe haber alguna cosa... ¿Por qué se le permite circular libremente por el penal, cuando esto es una cosa completamente prohibida á los extranjeros...» Pero, si lo hubiese dicho un poco alto, me habría aumentado el arresto mi comandante, y ya tengo bastante con el que me ha impuesto por causa de Fortier... ¡Cómo se descubre todo!... La simpatía que manifestaba usted por Fortier era el pretexto para ocultar el interés que tenía usted por Bérard... Sin hablar con este último, puede usted comunicarse con él por medio del otro y preparar su fuga... Está bien: por esta vez tendré el placer de informar de todo á la Administración, y no volveré á quedar suspenso en mis funciones.

Todo este razonamiento le había hecho con el cañón del revólver apoyado siempre en el pecho de Bérard, retorciéndose el bigote con la mano izquierda y sonriendo de una manera pretenciosa. Trataba de imponerse á sir Gardiner como bien educado, lo mismo que trataba de seducir á las mujeres por su hermosura.

Pero no produjo ningún efecto: sir Gardiner, emocionado verdaderamente, pero con aparente calma, le dijo:

—Creo que haría usted mucho mejor en hablar menos y entenderse conmigo.

—¡Entenderme con usted, caballero!... Ese es mucho honor para mí... Tenga usted la bondad de explicarse.

—Me explico... en este momento está usted arrestado, y no tiene, por lo tanto, ninguna necesidad de prestar servicio... Nada le obliga á usted tampoco á estar aquí á las tres de la madrugada... Si Bérard se salva, nadie puede pedir á usted cuenta por su fuga... Póngase usted el revólver en su sitio, aléjese usted, y yo me encargo de hacer su fortuna... Mañana mismo será usted independiente y rico... Doy á usted mi palabra de honor.

Robin estuvo algunos momentos sin dar ninguna respuesta. Quizás estaba dudando. Por último, dijo:

—Antes de ser vigilante de presidio, que es un oficio que usted sin duda desprecia, he sido soldado... No quiero venderme.

—Diga usted más bien—contestó sir Gardiner—que sacrifica su interés á su venganza. Si aún le quedara el recuerdo del antiguo uniforme que vistió, no habría usted estado á punto de matar á un hombre indefenso... Un soldado no asesina... Concluyamos de una vez... ¿qué pretende usted hacer?

—Pretendo llevarme á este hombre al penal.

—¡Pues bien! Haga usted el más pequeño movimiento ó dé usted un paso, y le salto la tapa de los sesos... estoy también armado. ¡Mire usted!

—Sí, ya lo veo... pero ese arma no le sirve á usted para nada. En el momento en que siquiera trate usted de dispararme, disparo sobre Bérard... él me defiende. Conozco que la partida es igual... pero dentro de muy poco estará la ventaja de mi parte, porque dentro de una hora estará todo esto lleno de gente... nos encontrarán á los tres en este sitio, y no podrá

realizarse la evasión, que es precisamente todo lo que yo deseo.

Apenas había concluído de decir estas palabras fué violentamente cogido por detrás y derribado al suelo.

L

Era Fortier, que había derribado á Robin. Cuando Bérard se había separado de Fortier, éste permaneció en el mismo sitio, sin seguir á sus compañeros y con la mirada fija en la espesura. Tenía conciencia del riesgo que corría, y sabía perfectamente que, al retrasarse en la marcha, podía muy bien suponersele cómplice en la evasión de Bérard, y que, como consecuencia de esto, no se le cumplirían las promesas hechas por el gobernador. En lugar de mejorar en su suerte y casarse con Marcela Hebert, permanecería quizás eternamente en la isla de Nou.

A pesar de todas estas consideraciones, Fortier seguía siempre con la vista á Bérard en su rápida carrera... Tan apasionado en sus afecciones como terrible en sus odios, se hacía este razonamiento: «Si llegan á verle y corre algún peligro, vuelo á su lado para prestarle auxilio... Me ha salvado la vida, y debo dársela si le hace falta... Además, ha sido bueno para mí:

le quiero con toda mi alma, y esto es bastante.»

A poco rato, la distancia era ya bastante grande y no veía nada. Pero una última rueda de fuegos artificiales vino á iluminar el cielo y la playa.

Entonces, Fortier creyó divisar dos hombres cerca del montecillo de arena. ¿Sin duda eran Bérard y sir Gardiner que se habían encontrado? No; Bérard no daba un paso adelante. Se hubiera creído que estaba clavado en el suelo. Poco después, el viento trajo el ruido de lejanas voces. Bérard y sir Gardiner no hubieran hablado en alta voz en semejante situación, y era seguro que lo hubieran hecho de manera que Fortier no hubiera podido oírlos.

Alguna cosa extraordinaria debía ocurrir. Pero ¿qué era ello? «¡Robin! ¡Robin! ¡Es Robin!»—dijo Fortier, que pensaba siempre en su enemigo, así como éste pensaba en él.

No vaciló un momento, y empezó á correr frenéticamente, haciendo un gran rodeo para no llegar de frente al sitio en que tenía lugar esta escena.

Llegó al montecillo de arena, y, oculto detrás, se puso á oír y á observar.

No se había engañado: era efectivamente Robin, que se ocupaba únicamente del fugitivo y de sir Gardiner, sin cuidarse de mirar hacia atrás, y sin verle por lo tanto.

Salió de su escondite, avanzando lentamente y arastrándose cuanto le fué posible.

Después, como una fiera que se dispone á caer sobre su presa, se abalanzó sobre Robin con verdadera excitación nerviosa. Sorprendido el vigilante con un

ataque tan brusco, vaciló y cayó por tierra de espaldas, escapándose el revólver de sus manos. Entonces, Fortier le puso violentamente una rodilla en el pecho para impedir que se levantara, y recogiendo el revólver, gritó:

—¡Ahora nos toca á nosotros dos! ¡Se han cambiado los papeles!... ¡tú eres el que vas á morir!

Ya iba á descargar el arma. Bérard se arrojó sobre él.

—No, no, perdónale—dijo.

—¡Perdonarle! ¡Ah! eso sería una barbaridad... ¡perdonarle, para que vaya á avisar á todos sus compañeros!... Antes de que esa gente venga, pueden ustedes estar libres; pero visitarían mañana el navío y le encontrarían, trayéndoselo aquí otra vez. ¡No! ¡no!

Siempre con la rodilla puesta sobre el pecho de su enemigo, el puño izquierdo apoyado en la cara y el revólver en la derecha, dijo á sir Gardiner y á Bérard, que estaban de pie enfrente de él:

—Además, aquí no se trata ya de ustedes... pienso en mí únicamente... si no le mato, él me hará morir, como lo ha intentado ya con la doble cadena, lejos de Marcela Hebert... ¡No quiero! ¡No quiero!... Es mi enemigo: lo mato...

Y con un movimiento rápido que nadie pudo evitar, apoyó el cañón del revólver en la frente de Robin y disparó.

—Ya son ustedes libres... ¡Adios!—dijo levantándose.

Después, sin mirar á Bérard porque no se atrevía,

echó á correr vertiginosamente, perdiéndose en la oscuridad.

Media hora después llegaba á la granja y se acercó á un pozo que á fuerza de trabajo habían abierto los presidiarios.

Empezaba á despuntar el alba, y el cielo se aclaraba por la parte de Oriente.

Cuando el pelotón que había ido á buscar los víveres al penal estuvo de vuelta en la granja, el vigilante pasó revista, lo mismo que había hecho al tiempo de salir. Faltaban dos hombres: Bérard y Fortier. Estaba ya á punto de dar la voz de alarma, jurando y maldiciendo, cuando vió á este último sacando tranquilamente agua del pozo.

—¿Qué haces ahí?—gritó acercándose;—¿no estas con nosotros?

—No señor... me dijo usted ayer que sacara agua... y estoy haciéndolo.

El capataz no pensó en insistir más: se había puesto muy contento al encontrar á uno de los dos que le faltaban y que ya creía fugados, abrigando la esperanza de que encontraría al otro.

Estaba todavía buscando cuando sonó un cañonazo. Era el yacht la *Florida* que, al salir el sol, levaba anclas y saludaba á Noumea.

LI

Cuando el capataz adquirió el convencimiento de que Bérard había desaparecido efectivamente, dió parte al director de la granja, el cual á su vez lo hizo al director del penal de la isla de Nou. Siguiendo la costumbre establecida, salieron unos vigilantes especiales á hacer una batida en la parte desierta de la isla, que era el sitio predilecto de los que se fugaban del penal.

Aquellas investigaciones dieron por único resultado el descubrimiento del cadáver de Robin. A nadie le ocurrió la idea de suponer que esta muerte pudiera tener ninguna conexión con la fuga de Bérard, porque, si el jefe de vigilancia le hubiese sorprendido en su fuga, no sería ciertamente Robin el que hubiera muerto. Además, aun suponiendo que hubiera tenido lugar una lucha inverosímil, ¿cómo era posible suponer que hubiera muerto Robin con su mismo revólver, que se encontró á su lado, y que, según todos los indicios, parecía que se le había caído de la mano en las convulsiones de la muerte? La mayor parte de las circunstancias que aparecían en este caso demostraban con sobrado fundamento que se trataba de un suicidio. Todo parecía indicarlo: el lugar en que se había

encontrado el cuerpo y la posición de éste, así como el examen del revólver, eran indicios morales suficientes que venían á reforzarse, dada la situación de ánimo en que estaba el jefe de vigilancia hacia algún tiempo. Según la creencia general, éste estaba muy afectado por el castigo que le habían impuesto á bordo de la *Saone*, y por el que sufría por orden del comandante del penal, llegando varias personas hasta el extremo de asegurar que le habían oído decir: «Ya no me queda ninguna esperanza; es preciso que concluya todo esto.» Y estas palabras, verdaderas ó falsas, pero siempre mal comprendidas, vinieron á confirmar las primeras suposiciones.

Había también algunos que, sin poner en duda el suicidio, le atribuían á otra causa, recordando los actos y los gestos de Robin desde hacía algunos días, así como también sus idas y venidas en derredor de la casa de la señora Prevot. Se sabía que aquél se inflamaba con mucha facilidad, y suponían que se había suicidado al no ver correspondido el amor violento y súbito que sintió por la mujer del comisario de marina. Si estas gentes hubieran conocido un poco más á Robin, y sobre todo á la señora Prevot, es seguro que no se habría inventado semejante historia, porque el primero era incapaz de amar hasta ese extremo, y la segunda no tenía valor bastante para hacer desesperar á ningún hombre, cualquiera que fuese. Pero así como la verdad encuentra muchas veces incrédulos, así también los mayores absurdos suelen ser acogidos con completa confianza. Solamente hubiera podido protestar de semejante patraña la señora Prevot; pero

tuvo muy buen cuidado de hacerlo, porque el suicidio de Robin le daba cierta aureola de virtud que la completaba.

Mientras que en la isla de Nou se comprobaba la muerte de un jefe de vigilancia y la desaparición de un presidiario, el yacht la *Florida* caminaba á todo vapor, alejándose rápidamente de Noumea.

Un aviso del Estado que hubiese recibido orden de perseguirlo, habría perdido el tiempo inútilmente, porque el yacht de sir Gardiner podía desafiar en velocidad á cualquier buque.

Además, ¿con qué razón se hubiera podido perseguir un navío americano que no llevaba ninguna mercancía sospechosa? Nadie, sin embargo, dudaba de que la *Florida* acababa de llevarse del penal uno de los condenados á trabajos perpetuos. Concluidos los fuegos artificiales, que, según sir Gardiner, había él por su mano prendido, se volvió con sus convidados á cenar alegremente. La cena se prolongó hasta bien entrado el día, en que fueron marchándose las autoridades y demás convidados, deshaciéndose en alabanzas de toda clase al propietario de la *Florida* y gran periodista americano. Hasta la señora Prevot, entusiasmada por el Champagne, le enviaba á distancia cariñosos saludos, sin imaginar que pocos momentos después iba á saber la muerte de Robin, á quien había olvidado completamente durante aquella noche de placer.

A las nueve de la mañana, la *Florida* perdió de vista las costas de la Nueva Caledonia, haciendo ya bastante rato que no navegaba en aguas francesas, y,

si no se veían precisados á arribar á algún puerto francés, nadie podía reclamar su pasajero. Las leyes de extradición no son aplicables más que á las personas acusadas de algún crimen y contra las cuales esté incoado un proceso, sin que tengan acción hasta ahora contra los que estén cumpliendo condena. Sir Gardiner hubiera, pues, podido dirigirse hacia la Australia y bajar á Sydney sin que Bérard hubiera corrido el menor riesgo; pero prefirió encaminarse directamente á San Francisco, porque para un buque como el suyo este viaje era cuestión de veinticinco ó treinta días á lo más.

¡Qué viaje tan hermoso para el que ya se encontraba libre al fin! ¡Qué alegría para aquel padre y aquella hija al verse y hablarse, estrechándose el uno en el corazón del otro! Su larga separación, los sufrimientos y crueles pruebas por que habían pasado los estrechaba más aún y hacía más grande el amor que sentían en su alma. ¡Ella le amaba más por la resignación y el valor que había manifestado en su desgracia! ¡El la amaba por su sublime comportamiento!

Y ¡qué alegría también para sir Gardiner al decirse: «He conseguido lo que me había propuesto y vencido todos los obstáculos. Sin mí, habría muerto en el presidio ese hombre honrado... sin mí, la mujer que adoro!...» Pero desde que había realizado su obra tuvo una timidez mayor que nunca.

Juana comprendió todo esto y habló primero.

LII

Si; puesto que él no se atrevía á hablar de su amor, ella se atrevió á hablar del suyo.

Pero no fué una de esas humildes confesiones que se dejan arrancar las jóvenes con voz entrecortada, y tan baja, tan baja, que en lugar de oirlas es necesario adivinarlas, no: ella se expresó franca y noblemente, con voz segura y mirándole frente á frente. Hacía ya quince días próximamente que vivían juntos los tres, y habían recorrido la mitad del camino favorecidos por un tiempo hermoso, no pareciendo sino que el cielo y la mar se habían propuesto recompensarles de sus pasadas amarguras. El día estaba magnífico y el sol resplandeciente. Sentados en el puente, lejos de la tripulación, hacía un rato que estaban callados y mirándose. De repente se levantó Juana, un poco pálida, y dijo á su padre:

—¿Me permite usted, padre mío, que le diga á usted delante de sir Gardiner los sentimientos que éste me inspira?

El americano la miró lleno de admiración, comprendiendo que se trataba de alguna cosa grave, y se levantó, lo mismo que ella:

—¡Habla!—dijo.

Sir Gardiner tuvo necesidad de apoyarse contra un mástil para ocultar el temblor de sus piernas.

Ella empezó de esta manera:

—Un día, desde el fondo de vuestra prisión, me confió usted á la lealtad de sir Gardiner, diciéndole: «Protéjala usted y vele por ella... es una huérfana que le confío: sea su tutor, su padre, su hermano, su amigo. El mundo pensará mal; pero ¿qué me importa el mundo? Confío en usted y en ella.» Éstas eran, padre mío, palabras muy hermosas que tuvo mucha razón al pronunciarlas, porque sir Gardiner ha sido hombre de honor, como usted le había creído, y yo he sido tan honrada como usted debía conocer.

Los dos la escuchaban en silencio é inmóviles.

Juana miraba á sir Gardiner y continuó diciendo, sonriendo y con voz segura:

—A pesar de esto, nosotros hemos contraído algún mérito, no precisamente por habernos portado como personas honradas, sino por habernos dicho lo que sentíamos y pensábamos mutuamente. Teníamos la misma vida, estando juntos, lejos del mundo, en completa libertad, y en lugar de hablarme de él mismo me hablaba de usted y siempre de usted, padre mío... y sin embargo, me amaba... lo conocía perfectamente... lo veía de una manera clara... y si no, miradle: en este momento está llorando, y sus lágrimas dicen claramente: «Es verdad, es verdad... me ha comprendido usted.»

Sir Gardiner movió la cabeza de arriba á abajo para decir que sí, pero no podía hablar. Ella le miraba son-

riendo, y, sin bajar la voz ni enrojecer, continuó diciendo:

—Y mientras que su amor crecía y se entregaba completamente á nosotros dedicándonos toda su vida, yo le iba tomando cariño insensiblemente... mi corazón, que únicamente había amado á mi madre y á usted empezó á experimentar emociones desconocidas y raptos de alegría... sí, su cariño me había extrañado al principio, inspirándome alguna inquietud... pero llegó un momento en que me hizo impresión al comprenderle, diciendo para mí: «¿Por qué no se manifiesta claramente? estoy dispuesta á corresponderle... sería esto una alegría para mí.» Y no era la gratitud la que me inspiraba estos sentimientos... la gratitud no ha intervenido en nada... la pronuncié un día, y él protestó de ella con mucha razón... no es la gratitud la que me arrastra hácia él, haciendo de nuestros dos corazones uno solo: es otra cosa muy distinta y mucho mayor... ¿me permite usted, padre mío, que le diga delante de usted?... Es mi amor...

Sir Gardiner no lloraba; se había sentado, teniendo la cabeza entre las manos y sollozando.

Juana siguió diciendo á su padre:

—¿Usted no vitupera este amor y, por el contrario, le aprueba?

—Sí—dijo Bérard.

Tranquilizada por este consentimiento, y sonriendo, se dirigió á sir Gardiner y, cogiéndole las manos, se las apartó de la cara y le besó en la frente.

Sir Gardiner sintió que todo su ser se estremecía, y cogiendo aquellas manos entre las suyas, que estre-

chaba, dijo con voz anhelante y los ojos anegados en lágrimas:

—¡Qué feliz me han hecho vuestras palabras! ¡Ah, he creído que me iba á morir de felicidad! Sí, me ha adivinado usted perfectamente, y yo hubiera querido caer á vuestras plantas, diciendo: «Gracias, gracias,» pero no me era posible, ni podía. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Es esto verdad! ¡Es esto verdad! Me ama usted, Juana! ¡Juana mía! ¡Esta es demasiada felicidad!... ¡Y usted es la que ha hablado... y yo no he dicho nada, y la he dejado á usted hablar del amor que siento por usted!... ¡Ah! Usted no conoce aún toda su fuerza ni toda su extensión... ¡Si usted supiera lo que hay aquí adentro en este corazón, la ternura que encierra y lo que siente!... No vivo más que para usted... He empezado á vivir el día en que la conocí... Me callo, me callo; expreso muy mal lo que siento.

—De ninguna manera—dijo Juana sonriendo, con las manos entre las del americano.

LIII

Tres días transcurrieron sin que hablasen una sola palabra de sus proyectos para el porvenir. ¡El porvenir! ¿Y para qué? Le conocían perfectamente: se amaban y se casarían: esto era evidente. Juana Bérard no había pensado en que él tenía una considerable fortuna, y ella no poseía nada... Esto era una razón para no mezclar la cuestión del dinero con la del corazón... Y el padre, aquel obrero de la ciencia y del estudio que había tenido estas dos afecciones desinteresadamente y de ninguna manera por el lucro que pudiese obtener, no pensó nunca en que se pudiera interpretar mal su desinterés y el de su hija.

Sir Gardiner se ocupaba mucho menos de estas cuestiones. Era rico, muy rico; participarían de su fortuna, como habían participado de su vida... Esto era muy fácil.

Estas tres personas estaban muy por encima de las pequeñeces humanas y de sus preocupaciones.

Una tarde en que estaban hablando, sir Gardiner dijo con la naturalidad del mundo:

—Nos casaremos en Nueva-York, ¿no es verdad?

—No—contestó Juana;—tengo el proyecto de que nos casemos en Francia, en París.

—¡Ah!—dijo completamente admirado.

—¿Entonces, es que no quieres que asista á tu casamiento?—dijo Bérard.

—Al contrario, lo deseo, padre mío... Iré del brazo de usted, llena de orgullo. Quiero que la iglesia esté completamente llena.

—¡Pero eso es imposible, de todo punto imposible!—dijo sir Gardiner.

—Imposible—repitió Bérard.

—No, no es imposible—contestó Juana moviendo la cabeza...—Nada es imposible, puesto que sabemos querer.

Sir Gardiner guardaba silencio, empezando á comprender y recordando una conversación que había tenido con Juana, y en la cual ésta había acabado por decir: «Aunque mi padre llegue á estar libre, no quedare satisfecha con esto... quiero demostrar al mundo su inocencia... ¡No quiero que sigan creyéndole un asesino!... ¡No quiero que me crean la hija de un malvado!... ¡No quiero que se haya usted interesado por miserables asesinos!»

Pero Bérard, que no conocía las intenciones de su hija y las dudas que en ella se habían despertado al tener conocimiento del matrimonio de la princesa Lavisine, no comprendió una palabra, y dijo:

—Tú sabes perfectamente que no puedo ir á Francia... ¿Por qué me obligas á que lo diga? Si me cogiesen allí, me detendrían en seguida, me encarcelarían de nuevo y me llevarían otra vez á...

—Sí—respondió Juana,—si usted volviese á ella antes de que nosotros hayamos encontrado el verda-

dero asesino del príncipe y anulado la sentencia que pesa sobre usted.

—¿Y es esto posible?—exclamó con viveza.

—Sí, desde el momento en que quiera ayudarnos nuestro amigo.

—Con todo mi corazón. ¿Pero obtendremos resultado? Vuestras suposiciones tenían muy poco fundamento.

—No soy del mismo parecer—dijo Juana.—Se me agolpan á la imaginación con tal insistencia que las creo fundadas... Sí, sí—continuó diciendo como si hablase consigo misma;—ese matrimonio tan precipitado, que nada justifica, y que, por el contrario, todo condena... además, yo no razono, no quiero razonar, pero hay algo en mí que dice: «No te engañas, no te engañas. Vas por buen camino: estudia, mira, escucha y tú verás, oírás y sabrás lo que tienes interés en saber...» Quiero buscar, quiero encontrar, y encontraré... ¡Ah! No rehuse usted el ayudarme, mi querido Williams... Conozco perfectamente que esto retrasará nuestro matrimonio algunos meses... tenemos la vida entera para amarnos y para ser dichosos... ¡piense usted en la alegría que sentirá mi padre al ver que, en lugar de estar en un país extraño, puede volver al suyo con la cabeza descubierta y la frente erguida!... Y yo, yo, ¿qué le deberé á usted entonces?... En interés de nuestro mismo amor debemos ensayar y vencer... sería para mí un martirio constante pensar que no podrá usted nunca decir francamente el nombre de su mujer, ni hablar de su padre... Ultimamente, no tengo miedo de abordar esta cuestión... Todo cuanto pienso se lo

digo á ustedes dos. El matrimonio es la familia, ó al menos la esperanza de tenerla. ¿Qué diremos á nuestros hijos cuando nos hagan alguna pregunta?... ¡Y qué desesperación para ellos si llegan á saberlo!... Nuestro deber es pensar en ellos, ¿no es verdad, amigo mío? Usted me ayudará.

—Sí—dijo únicamente.

Algunos momentos después, añadió:

—¿Me acompañará usted á Francia?

—No—contestó Juana,—no creo que sea necesaria mi presencia. Usted lo conseguirá todo sin mí, y cuando lo haya conseguido, puesto que no dudo del éxito, iremos nosotros dos á buscarle para no separarnos nunca.

Ocho días después de esta conversación llegaron á San Francisco, desde donde se trasladaron á Nueva-York. Sir Gardiner descansó una semana, y al cabo de ella se embarcó con dirección á Inglaterra.

LIV

En el momento de llegar á París puso mano á la obra. En primer término, era necesario saber si las sospechas que se habían despertado en la imaginación de Juana, al saber el matrimonio de la princesa Lavinie

con el barón de Merieux, se apoyaban en indicios probables que dieran motivo bastante para hacer una especie de información y buscar la verdad por este nuevo camino. Cuando estuviera analizado este punto, pensaba sir Gardiner abandonar por completo el asunto ó dedicar á él toda su actividad si sus primeros informes daban la razón á Juana. En ambos casos, y cualquiera que fuese el resultado que obtuviera, no podía tardar mucho tiempo en volverse al lado de la que tanto amaba, y cuya ausencia le hacía sufrir terriblemente.

Hacia únicamente dos días que estaba en París, cuando su ayuda de cámara le anunció que deseaba verle una persona que, según aseguraba, era esperada.

—Hacedla entrar—dijo.

Pasados algunos segundos se abrió la puerta para dar paso á una mujer de unos treinta años, más bien fea que hermosa, pero de aspecto inteligente.

—Me han asegurado—dijo con bastante desenvoltura—que el señor deseaba hablarme, y me he apresurado á venir en cuanto he podido, para ponerme á sus órdenes.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó sir Gardiner.

—Blanca Burtin, señor.

—Está bien... á usted era á quien yo deseaba hablar... ¿Es usted la primera doncella de la princesa Lavinie?

—Hoy baronesa de Merieux, caballero.

—¿Estaba usted á su servicio antes de su segundo matrimonio?

—Sí señor; sirvo á la señora princesa desde hace tres años.

—¿Sabe alguien que la he mandado á usted llamar?
—Nadie. No tengo la costumbre de contar mis asuntos.

—¿Cuando usted se ha apresurado á venir, es que me conoce usted?

—Todo el mundo conoce de nombre y de reputación á sir Gardiner.

—¿Está usted dispuesta á serme útil?

—Seguramente... he dicho que conocía á usted de nombre, lo cual significa que conozco su generosidad.

—Creo que lo seré con usted... aquí tiene dos mil francos, que servirán como de señal á otros diez mil que tendré el gusto de entregarle dentro de pocos minutos, si me responde con entera franqueza á algunas preguntas.

—El señor puede estar completamente seguro de que á ese precio le diré todo cuanto sepa sin ninguna reserva... Como la señora princesa no me ha confiado nunca sus secretos, no la haré traición.

—Si ella no los ha confiado, usted ha sabido adivinarlos, ¿no es verdad?

—Aproximadamente, sí señor... Éste era mi deber como doncella.

—¿Era el barón de Merieux el amante de la princesa antes de casarse con ella?

—Sí señor; estoy segura de ello.

—¿Cuánto tiempo?

—Unos seis meses.

—¿Suponía alguna cosa el príncipe Lavisine?

—Nada absolutamente, señor; creía que era adorado, porque, siguiendo la costumbre, la princesa estaba

más amable á medida que le engañaba más. Precisamente su misma amabilidad fué lo que me hizo abrigar mis primeras sospechas. Los criados reparamos en todo.

Sir Gardiner miró fijamente á Blanca Burtin, y la dijo:

—Entonces, es fácil que haya usted observado alguna particularidad en la muerte del príncipe.

—Nada, absolutamente nada... Si hubiese visto u oído alguna cosa digna de mencionarse, me apresuraría á decírselo á usted, plenamente persuadida de que aumentaría la suma prometida... Pero quiero ganar honradamente mi paga, diciendo la verdad únicamente.

—Tiene usted razón... ¿Han estado mucho tiempo sin verse el barón y la viuda después de la muerte del príncipe?

—Algunos días... Por discreción, ó quizás por otro sentimiento, el barón no se presentaba en el palacio.

—¿Qué quiere usted decir por otro sentimiento?

—Quiero decir con esto que el señor barón quería hacerse desear.

—¿Estaba muy enamorado?

—¡Oh! me parece que no estaba mucho... La señora no es muy hermosa, y en cambio el señor barón pasa por ser uno de los hombres que han tenido suerte con las mujeres más hermosas de París.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Que por aquella época él debía pensar: «Hoy está viuda. ¡Si me casaré con ella!»

—¡Ah! ¿usted cree?...

—Creo que el señor barón es muy inteligente, muy fino y muy...

—¿Y muy qué?

—Y muy truhán.

—No le quiere usted muy bien.

—Me es completamente indiferente, porque nunca me ha hecho mal... Digo lo que siento ingenuamente, puesto que usted me hace la honra de dar cierta importancia á mi opinión.

—Y la princesa, ¿cómo la trata á usted?

—Como á una doncella cualquiera... Esto precisamente es lo que me permite responder á las preguntas que tiene usted la bondad de hacerme y aceptar la suma que ha tenido la atención de ofrecerme.

—Y que entrego á usted inmediatamente... ¡Tome usted esos billetes! Todavía hay algunos más en el cajón de mi mesa.

LV

Tan luégo como Blanca Burtin dobló cuidadosamente sus billetes de Banco, le dijo sir Gardiner:

—Después de haberse hecho desear algún tiempo, según la frase de usted, ¿el barón de Merieux se presentó en el palacio?

—Sí señor, y no salió de él ya hasta que se marchó con la señora princesa á unos baños de mar.

—¡Ahl... ¿Y han estado allí mucho tiempo?

—Todo el verano... Cuando la señora volvió á París tuve que decirme al poco tiempo: «Esta vez está completamente enamorada... El barón ha hecho muy bien la comedia, y se casará con ella.»

—¿Y viven en buena armonía desde que se han casado?

—Así, así.

—¡Ahl! ¿Se aman menos?

—La señora le ama lo mismo, y quizás más; pero el señor está tibio, muy tibio, y se comprende durante la viudez, y cuando deseaba casarse con ella, ha debido hacer grandes alardes de fuerza y de amabilidad... hoy, que ha conseguido su objeto, es otra cosa, y tiene razón, porque la señora es muy exigente.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—¡Oh! Una doncella algo experimentada averigua siempre esas cosas... como no tenemos diversiones que puedan distraernos, nos entretenemos en observar, llegando algunas veces á ver y oír sin querer... Esto nos permite conocer íntimamente la vida de nuestros amos.

—Entonces, quiere decir que, gracias á vuestras observaciones, ha sorprendido usted alguna escena entre el barón y la princesa?

—Sí señor: la señora se lamentaba, diciendo que su marido no era ya el mismo, y el señor barón se esforzaba inútilmente en demostrar que era precisamente lo contrario.